



Palabra que alcanza



En este Domingo de la Palabra, os proponemos una sencilla reflexión-oración. El texto que proponemos es así de breve:

«Ella [María] se turbó por estas palabras y se preguntaba qué significaría aquel saludo»

Lc 1,29

Elegimos en este Domingo de la Palabra este versículo, tan breve, precisamente por la reacción de María a las palabras del ángel que precedían.

Una frase sencilla, pero que contiene dos acciones verbales que dicen mucho de María.

El primer verbo de la frase solemos traducirlo como “*turbarse*”. Pero, en realidad, el texto griego utiliza “*dia-tarasso*”. Se trata de una forma intensificada del verbo “*tarasso*” (= perturbar, agitar, inquietar, confundir). Es decir, la Palabra inquietó o perturbó extraordinariamente a María. Por otro lado, la segunda reacción de María, viene vehiculada por el verbo “*preguntarse/considerar*”.

Apenas hay representaciones artísticas que, en esta escena, reflejen las reacciones a la Palabra que se dan en María.

Quizás este lienzo obra del pintor romántico norteamericano Henry Ossawa Tanner sea una de las escasas obras que, lejos de una representación “piadosa” al uso, muestra a una María real –incluso dramáticamente-impactada y grandemente inquieta, confundida con la Palabra que acaba de escuchar. Su rostro, sus manos y la tensión de su cuerpo lo expresan todo.

Lucas, como para decirnos lo poco común de este modo de escuchar de María, nunca vuelve a utilizar este verbo en su evangelio. En él, nadie volverá a reaccionar así ante la Palabra de Dios, ni de Jesús.

¿Qué tiene esa Palabra que ha oído, que es capaz de removerle por dentro de este modo? En este Domingo de la Palabra y desde este sencillo versículo del evangelio de Lucas, quizás merece la pena pararse, aunque sea brevemente, en la potencia de esta Palabra, capaz de





tocar de semejante modo al ser humano. Para María fueron aquellas palabras “*Alégrate, llena de gracia, el Señor está contigo*”. ¿Y en mi caso? ¿Qué Palabra a lo largo de los años me ha inquietado, me ha impactado, me ha hecho preguntarme, ponerme a considerar, revisar, confrontarme, me ha puesto patas arriba, me ha colmado, me ha serenado, me ha dado vida o ha alumbrado a Jesús en mí?

Quizás no seamos grandes expertos en Escritura, apenas acudamos a ella, o sí... No importa. Un buen día para pararse, volver a traer al corazón esa palabra, ese versículo, ese salmo, ese texto de la Escritura que me alcanzó de lleno y me sigue alcanzando. Y de paso, puedo dar gracias por la Palabra, por Jesús, Palabra hecha profunda humanidad, Evangelio.

¡Feliz Domingo de la Palabra!

Un testimonio en torno a la Palabra

Os ofrecemos un testimonio del escritor y poeta italiano Erri de Luca. Dice de sí mismo no ser creyente, tampoco ateo, pero su modo de valorar la Escritura, de cuidarla y mimarla en su día a día, es digno de leerse. Ojalá nos diga algo y nos anime a poner cotidianamente la Palabra en el centro de la vida.

“Soy uno que no cree. Todos los días me levanto bastante temprano y releo el hebreo del Antiguo Testamento con obstinación y como algo íntimo. Así aprendo. Siento que los trocitos que voy perdiendo en la rutina cotidiana me son restituidos por una palabra que lentamente sale al encuentro de mi inmovilidad y me conforta con su contenido.

Todos los días me dispongo con la cabeza vacía ante las palabras hebreas, y me doy cuenta de la distancia abismal entre su sentido y aquello que logro entender. En esta tarea permanezco como no creyente; soy alguien que lee las letras superficialmente e intenta traducirlas de algún modo, en estricta obediencia a esa superficie revelada.

Soy uno que no sabe responder, que no sabe dirigirse al libro y a su autor como a un tú.

[...] Job hace con Dios una cosa que ninguno de los otros (sus compañeros) ha hecho y que transforma todo su contencioso, aunque sea áspero, en algo correcto: se dirige a Dios como a un ‘tú’. Se dirige a él con el pronombre de la cercanía, de la presencia, de la inmediatez. Lo hace súbitamente [...] abandonando los lamentos anteriores, con un ‘tú’ imperativo, excitado e insolente: “*recuerda que mi vida es un soplo*”. Comienza aquí el ‘tú’ del que se acerca a Dios, el ‘tú’ frontal que lo aliviará y lo justificará.

Comento este episodio del ‘tú’ en el libro de Job porque aquí reside, para mí, la profunda diferencia entre el que cree y el que no cree. El que cree habla a Dios de ‘tú’, consiguiendo encontrar dentro de sí el verso, el grito o el susurro para dirigirse a él, el lugar, la iglesia, la casa o el campo, la hora para separarse de sí mismo y orientarse hacia el propio oriente (oriente, literalmente, lugar donde reconocer el propio origen, donde sentir de nuevo la pertenencia y el vínculo con el resto de la creación).

[...] Finalmente, he aprendido de las Escrituras Santas que no será la nada nuestro destino, nuestras suerte definitiva, porque seremos, sí, reducidos a polvo, pero no retrocederemos más allá de esa consistencia. Resistiremos como polvo en la materia impalpable que nos preservará de la nada. En estado de polvo cada soplo nos levantará, y cada gota de agua reanimará la vida en nosotros y la hará bullir de nuevo, para siempre, “*leloham*” en hebreo, que quiere decir ‘mientras dure el mundo’”.